

Un acierto de Danat

OTTEPEL

Intérpretes: Susana Castro, Sabine Dahrendorf, M. Ángeles, G. Angulo, Mario G. Sáez, Josu Lezameta, Alfonso Ordóñez, Ricardo Salas y Marina Serrano

Dirección: Dahrendorf y Ordóñez

Lugar y fecha: Mercat de les Flors, sala B (12/IV/1994)

MARJOLIJN VAN DER MEER

Que Sabine Dahrendorf y Alfonso Ordóñez hayan pensado en "La consagración de la primavera" durante la elaboración de su nuevo espectáculo, "Ottopel", es algo que no podría asegurar. No obstante, viendo la obra acudieron a mi mente unas reflexiones de Stravinsky sobre su famosa composición, en las que aludía a la violencia con que entra la primavera en Rusia: ".../ parecía que estallara en una hora y toda la tierra crujía /.../, era el mejor evento del año en mi infancia".

Descongelación

La palabra rusa "ottopel" significa descongelación y este fenómeno de la naturaleza lo presenciaba Stravinsky desde su propia casa. Éstas y otras impresiones le inducirían a la composición de aquella memorable partitura sobre la que Nijinsky creó su último ballet para Diaghilev.

¿Cómo es posible que una semilla quede atrapada en el hielo y vuelva a rebrotar años después? No hay vida ni movimiento sin la luz y es justamente en la masa helada donde mejor podemos observar los efectos

positivos de la energía solar. Es esta energía la que el dúo Dahrendorf-Ordóñez sabe dinamizar tan acertadamente. Una vez más nos han presentado una obra excelente tras la que se esconde un denso trabajo de investigación y experimentación.

En un espacio escénico más austero que de costumbre, el fiel colaborador del dúo de coreógrafos, el pintor José Menchero, nos presenta un escenario dominado por una escalera que aparentemente no llega a ninguna parte y una puerta al fondo izquierda. Una bailarina abrirá ocasionalmente la puerta, dejando entrar la luz, lo cual dará lugar a algunos de los momentos plásticamente más bellos del espectáculo. El hielo está físicamente presente: barras de hielo manipuladas por los bailarines y cuyo lento derretir forma un sugerente contraste con el frenesí de unos intérpretes que parecen empujados por la música.

A primera vista todo parece anárquico. Desde un estado letárgico, los bailarines empiezan a desarrollar movimientos individuales, todos a la vez pero todos distintos. Paulatinamente va imponiéndose cierta armonía o acaso es tan sólo la que el propio espectador descubre en su intento de ordenar lo que ve. Escuchamos el crujir del hielo y nos sentimos pequeños ante la grandeza de ese fenómeno de la naturaleza. Otra imagen inolvidable surge cuando un hombre transporta a otro sobre las barras de hielo. Son momentos que uno querría inmovilizar para digerirlos lentamente. Pero Danat no nos concede espacio ni tiempo; su proceso evolutivo no cesa hasta el final de la obra. ●